

866 383

Don Alberto y don Federico



ESCRIBE

Jorge
Edwards

Le Segundo

14-VII-1945 P 6.

Encuentro en el catálogo de la librería montevideana de mi amigo Adolfo Linardi un ejemplar original de *El Loco Estero*. Como en Chile, con el modelo neoliberal, con las modernizaciones, con tantas novedades, se perdió la noción más elemental de la literatura, un original de don Alberto Blest Gana sale casi al mismo precio que una edición moderna de Muñoz Molina, de Laura Esquivel, de Luis Sepúlveda. Encargo la obra por fax y la recibo al cabo de dos semanas, por correo aéreo, en impacables condiciones. La librería anticuaria de Linardi en Montevideo, me digo, es una de las pocas instituciones humanas que todavía funcionan.

El Loco Estero lleva un subtítulo, colocado entre paréntesis (*Recuerdos de la niñez*) y fue impreso en dos tomos, en París, por Garnier Hermanos, Libreros-Editores, que estaban instalados en el número 6 de la rue des Saints-Pères. A juzgar por el pie de impresión, la novela salió a la luz en el mes de septiembre de 1909, cuando su autor, que había llegado a París en 1870 para hacerse cargo de la misión diplomática de Chile, estaba jubilado y muy cerca de cumplir los ochenta años. El texto relata un episodio de la década de 1830 y parte con el desfile por la Cañada de Santiago, que ya había recibido su nombre de *Alameda de las Delicias*, de las tropas del general Manuel Balánes, que acababan de triunfar en Yungay en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Las observaciones de Blest Gana sobre la guerra son triviales, parecidas a las de los manuales escolares de historia, pero los diálogos, los personajes, los ambientes, son de una vivacidad extraordinaria. El casi octogenario Blest Gana, que enteraba 39 años de completa ausencia de Chile, reflejaba las imágenes de su juventud con una mente creativa, fresca, de notable plasticidad. Del fondo de aquella memoria salían dichos, refranes, platos, chamanes, chapullas, rebozos. Unas "chinás", tratadas de "toas" por un muchacho, le gritaban "futre escolao, de a cuartillo el stan". No sabemos hasta dónde don Alberto reproducía y hasta dónde inventaba. A juzgar por una de sus cartas, él había sido en su juventud un poeta romántico y la lectura de la Comedia Humana de Balzac lo había deslumbrado y lo había llevado a cambiar de rumbo. Había tirado al fuego de una chimenea sus "fusiones líricas" y había decidido convertirse en el Balzac chileno. Escribía en el París moderno de su tiempo, en los barrios de Haussmann, la Comedia Humana de un Chile en parte recuperado y en parte inventado, cosa, después de todo, aunque a veces nos coste admitirlo, muy latinoamericana. Para suerte suya y de nosotros, en ese tiempo no existían los "booms", los congresos de escritores, los coloquios y las mesas redondas. La escritura de don Alberto tiene una especie de tranquilidad, una ironía, una sonrisa. Nosotros, claro está, como de costumbre, no hemos sabido valorizarla, o lo hemos hecho a medias, sin convicción, con un exceso de academicismo. Nuestras avendus, nuestras plazas, están llenas de personajes mediocres, esculpidos en bronce, de monumentos que no nos dicen nada, malentendidos don Alberto Blest Gana, con su enorme fresco elaborado a lo largo de miles de páginas, parece haberse disuelto en la niebla de los inviernos parisinos. Hace dos o tres años conocimos y pasmos flores en su tumba del Père Lachaise. ¡Por lo menos! Lo curioso de visitar aquella tumba, para mí, consistió en comprobar que se encontraba en el centro de un sector chileno del cementerio, cerca de la infundada Teresa Wilms, a pocas metros de la familia Ross Santa María, de quizás cuantos otros de nuestros "trasplantados", esa especie humana que Blest Gana, desde su retiro, describió con lucidez, con su ironía habitual, con algo de crudeza, y también, aunque parezca contradictorio, con afecto.

Revisé la edición de Garnier Hermanos de *El Loco Estero* y encuentro una dedicatoria, no siempre conservada en ediciones más modernas, a don Federico Santa María. Es curioso el encuentro del diplomático y novelista con el gran especulador bursátil, uno de los personajes interesantes de aquella época. En mi infancia escuchaba el relato de un paseo en automóvil por los alrededores de París en compagnía de don Federico. Cada vez que el grupo pasaba frente a un campo sembrado de betarraga, don Federico hacia parar, entraba en el sembrado, sacaba algunos tubérculos y los mordía con aplicación, con actitudes de conocedor. Lo que sucedía era que don Federico había hecho su enorme fortuna en acciones azucareras. El sabor de las betarragas nuevas te permitía saber si la cosecha de azúcar venía pobre o abundante. Así se preparaba para juzgar al alza o a la baja de los precios.

Santa María, que al llegar a París desde el remoto Chile de la segunda mitad del siglo pasado se instaló en un escaño cerca de la Ópera, que nunca en su vida se cambió de casa, que murió soltero, en una habitación que había sido invadida por los archivos, por los títulos de acciones, por los papeles comerciales, dedicó todo su dinero a la creación de una universidad que permitiera elevar el nivel de educación de "los hijos de los obreros". De ahí surgieron los edificios universitarios de aire vitoriano que dominan hasta hoy la bahía de Valparaíso. Don Federico, que había sido empleado de la Bolsa de Comercio de Santiago, había desembarcado en París muy joven, como personaje de *Las ilusiones perdidas* de Balzac, con unas cuantas libras esterlinas en los bolsillos. Consiguió inspirar confianza, quizás como, a una firma de corredores franceses, y se puso a especular de inmediato, con éxito, en cantidades astronómicas. Durante la guerra del 14, después de hacerse sospechoso en su calidad de gran especulador bursátil extranjero, le prestó dinero al gobierno de Francia para contribuir al esfuerzo bélico. Todo esto sucedía un poco después de la publicación de *Los trasplantados* y de *El Loco Estero*. Don Alberto, me digo, tuvo a un verdadero personaje de Balzac debajo de sus narices, un Rastignac triunfante, un Rubempre que no necesitó recurrir al suicidio, y no se dio cuenta. O no quiso, quizás, darse cuenta. A don Federico lo tenía demasiado cerca. Y la pluma suya, en cambio, funcionaba a la distancia; la del espacio, la geografía, y la del tiempo y los recuerdos.

Don Alberto y don Federico [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Alberto y don Federico [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)